

Brasil después del Carnaval

Alejandro Mendible

Brasil es el país del carnaval. Este señalamiento adquiere contenido, por cuanto la naturaleza original de este pueblo se manifiesta a modo de catarsis incontenible durante las fiestas carnestolendas. Sin duda, ésta es la gran fiesta nacional del brasileño y en especial del carioca. Durante cuatro días afloran con gran frenesí los principales patrones de su comportamiento vinculados con su idiosincrasia, además de poner al descubierto sus impulsos socio-históricos de carácter igualitario. En este corto tiempo parece desaparecer la noción misma de orden. El caos aflora y reina la licencia, todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios. Algunos hombres se disfrazan de mujeres, los señores de esclavos y los pobres de ricos. Se ridiculizan las instituciones fundamentales. El amor se vuelve promiscuo. Y la mulata «de fuego», como expresión de la democracia social existente, se convierte en la reina del evento, manifestando la voluptuosidad y la potencialidad fértil del trópico.

La idea de que Brasil es una «democracia social» se ha generalizado ampliamente en muchos círculos de opinión. En gran medida esto se debe, por la divulgación de obras clásicas como la de Gilberto Freire en «Casa Grande y Senzala», la de Sergio Buarque de Holanda en «Raíces del Brasil» o la del francés Levy Strauss en «Tristes Trópicos». Por ejemplo, Freire afirma que: «todo brasileño, aunque sea blanco, trae en el alma, y si no en su cuerpo, la marca del negro».

A diferencia de otras sociedades racistas, como en los Estados Unidos donde los blancos censuraron la relación con sus esclavos, la élite blanca portuguesa desarrolló «el culto por la mulata». Mediante esta práctica de ayuntamiento racial se formó la nueva sociedad morena. Otros intelectuales brasileños han contribuido con la formación del mito, entre ellos, el conocido nove-

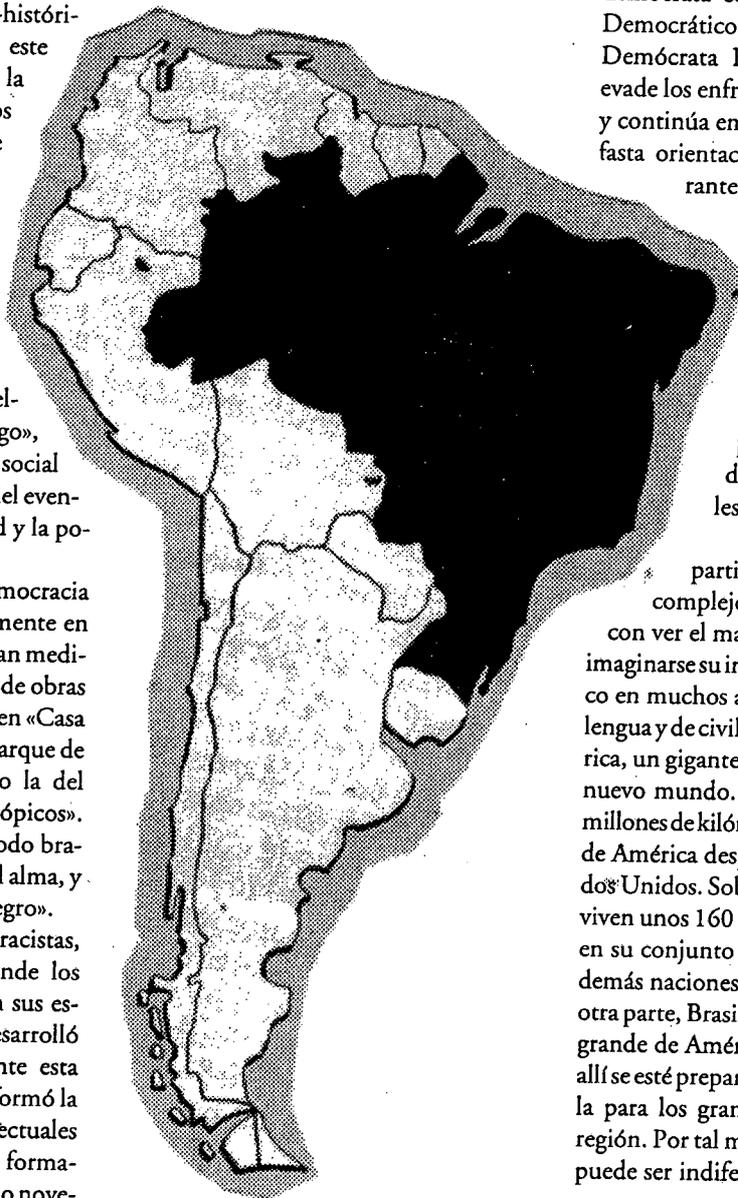
lista Jorge Amado. Pero, a este nivel, vale la pena destacar que en el país donde se ha manifestado un pobre desarrollo de la democracia política, el carnaval se presenta como la reivindicación popular de la democracia social.

En este año, los carnavales han tenido una connotación marcante en la política brasileña. El presidente Itamar Franco ha

sido protagonista de un incidente de gran repercusión noticiosa. Algunos medios señalan que la «lujuria del carnaval» enredó al presidente. El paso del gobernante por el Sambódromo de Río de Janeiro, donde fue fotografiado con la modelo de 27 años, Lilian Ramos, quien no usaba ropa interior, creó una repercusión negativa en su imagen. El nivel de escándalo ha llegado a tan alto grado que se anunció una eventual renuncia del mandatario. Evidentemente, el incidente ha dado pie para todo género de interpretaciones, desde considerarlo como un «complot» contra la imagen del presidente, hasta los comentarios satíricos muy profusos en la prensa en estos últimos días.

Por los momentos el presidente parece haber superado el «affair». A tal efecto, ha reformado su gabinete procurando ampliar su plataforma política de orientación social demócrata con los partidos Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y el Social Demócrata Brasileño (PSDB). Además, evade los enfrentamientos con el Congreso y continúa empeñado en reformular la nefasta orientación neoliberal ensayada durante la descalabrada administración de Collor. Sin embargo, la crisis global del sistema dista mucho de ser superada por su gobierno de transición; y se prevé una transferencia de enormes dificultades para el próximo gobierno que surja de las elecciones presidenciales de octubre.

Brasil no es sólo carnaval o partidos de fútbol. Es el país más complejo y diverso del área y bastaría con ver el mapa de América del Sur para imaginarse su importancia. También es único en muchos aspectos: solitaria nación de lengua y de civilización portuguesa en América, un gigante entre los estados latinos del nuevo mundo. Con una extensión de 8.5 millones de kilómetros cuadrados es el mayor de América después del Canadá y los Estados Unidos. Sobre esa mitad del continente viven unos 160 millones de habitantes, que en su conjunto igualan al de casi todos las demás naciones sudamericanas juntas. Por otra parte, Brasil es el laboratorio social más grande de América Latina y es posible que allí se esté preparando una novedosa fórmula para los grandes males que aquejan la región. Por tal motivo, lo que suceda allí no puede ser indiferente para Venezuela.



LA BUSQUEDA DEL ORDEN Y EL PROGRESO

La élite gobernante en Brasil es una de las más astutas y experimentadas con el ejercicio del poder de América Latina. Su continuidad histórica se ha mantenido casi de manera inquebrantable desde el inicio de la colonización y ha dado muestras de poseer una gran habilidad de manipulación de los sectores populares. En los momentos traumáticos ha demostrado la sagacidad suficiente para orientar los cambios presentados por el momento histórico y al mismo tiempo no perder las riendas eficientes del poder.

Como en otras partes del Continente la economía y la sociedad brasileña se formaron en la fase de expansión del capitalismo comercial y permanecieron bajo el dominio colonial hasta las primeras décadas del siglo XIX. Durante este largo período, se desarrollaron en la colonia ciclos de exportación dominados por un producto privilegiado que organizaba la sociedad de acuerdo a los intereses focalizados en un área determinada. De esta manera, primero se activó la explotación del palo brasil cerca de la costa; después la caña de azúcar en la región del Nordeste; y posterior a su independencia, el café en la región Sur. Además, la minería fomentada en Minas Gerais (especialmente en el siglo XVIII) y algunas actividades complementarias tales como la ganadería para consumo interno. La formación social y económica que se desarrolló en la etapa colonial estaba compuesta por un grupo de señores dueños de grandes latifundios, una numerosa población esclava, los grupos burocráticos administradores del pacto colonial, y los comerciantes ligados al comercio exportador. La independencia en 1822 no cambió sustancialmente esta situación, pues sólo eliminó al intermediario portugués en unos vínculos comerciales dominados preferentemente por Inglaterra.

La producción basada en la esclavitud, el bajo desarrollo de la pequeña burguesía urbana y el amplio comercio externo derivado de la exportación, impidieron la formación de un mercado interno y, por consiguiente, el desarrollo industrial. La victoria del movimiento abolicionista de la esclavitud, apoyado por Inglaterra, eliminó las bases sociales de los antiguos dominadores restándole los soportes de poder de la Monarquía y determinando su caída irremisible.

Con el surgimiento de la República, donde el pueblo permaneció indiferente, en

1889 la élite empezó a sustentar como nuevo propósito nacional el conciliar dos postulados de la filosofía positivista: el orden y el progreso. Tan alta consideración merece este objetivo que fue plasmado como las divisas distintivas de la bandera nacional. En la evolución republicana, desde las alturas decisorias del Estado, se destacan cuatro períodos instrumentados por los grupos dominantes tendientes a redefinir el propósito nacional. El primero fue impuesto por los sectores oligárquicos de los estados de Sao Paulo y Minas Gerais durante la Vieja República denominado de «café con leche» por el pacto político establecido entre los cafetaleros y los ganaderos. El segundo se mantiene por el mantenimiento del pacto populista surgido de la Revolución de 1930 que, si bien logró la incorporación de nuevos sectores en la toma de decisiones del Estado, continuó sustentando las desigualdades: a este ciclo, de manera general, se le denomina de «varguismo», y se extiende hasta la contrarrevolución militar de 1964. El tercero sucede al agotamiento del populismo mediante un autoritarismo militar que duró hasta 1985 cuando una élite integrada por militares y capitalistas de orientación conservadora se asocian con las transnacionales para excluir al pueblo de los beneficios de la capitalización. Finalmente, se abre un período de distensión política a partir de las elecciones donde triunfa Tancredo Neves llamado de la Nueva República. A partir de ese momento se viene aplicando la democracia formal, pero ésta no ha logrado todavía satisfacer las reivindicaciones sentidas por el pueblo. Hoy la magnitud de la crisis existente, y la incapacidad demostrada por los gobiernos por resolverla, hacen prever el acercamiento de un nuevo momento definitorio donde deberán replantearse los objetivos nacionales, en esta oportunidad hacia un orden y progreso que tenga por objetivo la valorización de los intereses populares.

Un momento destacado de un nuevo Orden y Progreso lo constituye la Revolución de 1930. La Revolución es considerada como el primer movimiento de dimensiones nacionales que sacude al inmenso país y para muchos abre las puertas del Brasil contemporáneo. Getulio Vargas apareció como el principal líder de la Revolución y conservó hábilmente su carismático liderazgo hasta su impactante desaparición en 1954. Durante ese tiempo asumió roles diferentes, una vez como el de presidente del Estado autoritario y corporativista en el

Estado Novo, y otra como el de presidente democrático durante su última Administración. En esta oportunidad, ante el acoso de las fuerzas reaccionarias y del imperialismo, tomó la trágica decisión de suicidarse para expresar en su Carta Testamento que serenamente daba el primer paso por el camino de la eternidad y salía de la vida para entrar en la historia. El varguismo fue la expresión asumida por el populismo en Brasil, que conformó un bloque de poder dominante con la determinación de cambiar la vieja estructura monocultural del café a otra sociedad de base industrial.

El varguismo sin Vargas continuó impulsado por sus dos movimientos políticos organizados: el Partido Social Demócrata (PSD) y el Partido de Trabajadores Brasileños (PTB), que cuando se unieron formaron mayoría y dieron estabilidad al gobierno, como sucedió durante la Administración de orientación desarrollista de Juscelino Kubitschek (1956-1961). Pero cuando las fuerzas fueron derrotadas electoralmente en 1961 se abrió un entreacto agonizante, primero por la renuncia injustificada del Presidente Janio Quadros, y después por la creciente desestabilización política instrumentada por las mismas fuerzas oscuras que habían conducido a Vargas al suicidio. De esta manera el 2 de abril de 1964 el derrocamiento militar del Presidente Joao Goulart guarda más la dimensión del colapso del Estado varguista imperante desde 1930 que la caída de un gobernante de turno por el poder creciente de los militares. A partir de 1964 se implanta un orden y progreso de orientación autoritaria sustentado por la élite militar hasta 1985. El ciclo antidemocrático alcanza la plenitud de sus características impopulares con la implementación del Acta Institucional No 5 en diciembre de 1968, que suspende todas las garantías constitucionales por varios años. Después el sistema entró en crisis durante el Gobierno del Gral. Ernesto Geisel; en esa oportunidad la cúpula militar, fuertemente presionada por el democrático clamor popular, se vio precisada a iniciar un lento proceso de distensión. La orientación continuó con el Gral. Joao Figueiredo quien empeñó su palabra en crear las condiciones para el retorno a la democracia.

A partir de 1985 se viene implementado un nuevo tipo de relaciones entre los militares y los civiles tendiente a formar un orden y progreso democrático. La Nueva República se inicia cuando Tancredo Neves vence en el Colegio Electoral al candidato

de los militares. Neves entusiasmó y desperató las esperanzas populares cuando afirmó que, «he llegado aquí para hacer cambios, cambios económicos, sociales, culturales, cambios reales, cambios efectivos que serán irreversibles». Hasta ese momento el viejo líder de Minas Gerais aparecía como un limpio puente histórico entre el pasado varguista y las nuevas generaciones de Brasil. Pero, de manera sorpresiva, Neves fue internado en el hospital un día antes de la toma presidencial donde murió el 21 de abril.

La orfandad dejada por la desaparición de Neves ha sumido en la postración al pueblo brasileño. Una vez más la élite afeerrada a sus privilegios ha logrado desvirtuar el proceso, formando un orden democrático formal pero sin contenido social. Las administraciones de José Sarney y después la tristemente célebre de Fernando Collor de Mello, que terminó con el infamante «impeachment» del presidente por corrupción, han contribuido para aumentar la desesperanza popular. Los intentos de estos gobiernos por estabilizar la economía terminaron de manera recurrente en fracasos estrepitosos. Hoy en el gobierno provisorio de Itamar Franco se ensaya un nuevo plan de estabilización. Pero en conjunto, hasta el presente, la élite se ha ingeniado para manipular con la alta inflación, el estancamiento económico y el débil sistema político para continuar transfiriendo hacia el pueblo el terrible costo de la crisis.

En la actualidad se nota un agotamiento del sistema representativo y se crea una coyuntura propicia para que se produzca la aparición de un nuevo orden y progreso.

UNA UTOPIA PARA EL BRASIL Y SUS EFECTOS SOBRE VENEZUELA

Brasil ha sido considerado como el país del futuro. Sin embargo, en muchos aspectos, por el rotundo fracaso de sus élites gobernantes, grandes sectores nacionales continúan viviendo en el pasado. El quebrantamiento de la esperanza, para muchos, se ha acentuado con el desmoronamiento del socialismo real. En la actualidad, la polémica iniciada por el filósofo Herbert Marcuse en los sesenta, cuando manifestó que la humanidad vive «el fin de la utopía» y el surgimiento de «el hombre unidimensional», adquiere nuevas dimensiones con el desmoronamiento de la bipolaridad. En Brasil, donde la Iglesia denuncia la existencia de esclavitud, donde

noticias recientes señalan que sólo en Río de Janeiro se han producido en los últimos cuatro años, más muertos por homicidios que en la guerra de Vietnam, y donde la corrupción ha sido desenmascarada en las alturas de la presidencia de la república y del congreso, existe la necesidad de una utopía, y se torna fundamental que el brasileño recobre sus creencias y autoestima.

En el cuadro de la política brasileña actual la posibilidad de una utopía se viene asociando con la aparición del PT (Partido del Trabajo), fundado en 1979. En él se han cumplido dos grandes procesos sin renegar del socialismo ni descartar la democracia: uno es la acumulación de movimientos sociales y colectivos populares autónomos, desde las bases trabajadoras hacia arriba, hacia la coordinación organizativa en un gran proyecto democrático participativo; el otro proceso es la articulación ideológica del pluralismo y la solidaridad, y de la diversidad cultural y étnica. El PT está haciendo algo novedoso, distinto de lo propuesto por los pensadores socialistas del siglo XIX, que conceptualizaron primero y actuaron después: quiere «teorizar desde la práctica». Se discute así la clásica tesis de si la teoría del poder debe ser violenta, como un fin en sí mismo, o una táctica civil diseñada para producir cambios evolutivos profundos en todo el sistema socioeconómico. La tendencia es hacia lo segundo, pero para ello se necesita ampliar la cobertura de alianzas del PT. Están surgiendo así concepciones heterodoxas de Estado, lucha de clases, poder popular y vanguardia que enriquecen la nueva búsqueda ideológica. El evidente éxito del PT es producto del tesonero trabajo de una nueva dirigencia con sensibilidad social consustanciada con las comunidades de base surgidas en las favelas en la época dictatorial.

La figura más destacada y articuladora de este movimiento es Luis Inacio Lula da Silva «Lula», un dirigente sindical nacido en el empobrecido Nordeste, y actualmente, según las encuestas de opinión, aparece con la primera opción para las elecciones del próximo mes de octubre. El liderazgo ascendente de Lula se inicia en 1977, cuando la dictadura militar resultó incapaz para contener el descontento de la clase obrera. Lo que en un principio parecía como una iniciativa aislada de protesta de la industria automotriz en la zona industrial de Sao Paulo, se convirtió rápidamente, debido al entusiasmo tesonero de un pequeño grupo de nuevos dirigentes sindicales, donde des-

taca Lula, en un poderoso movimiento de protesta que logró arrinconar la dictadura. Sólo en la ciudad de Sao Paulo un millón de obreros se lanzaron a la calle a protestar el sueldo de hambre en el que el gobierno militar los mantenía, mientras se ufanaba de que había un «milagro económico». En realidad era un milagro para los ricos y un infierno para los pobres.

Por otra parte, el nuevo movimiento huelgario demostró su autonomía de acción frente a la cúpula sindical. La dirección sindical existente se había mediatizado y burocratizado bajo la tutela de Getulio Vargas. La manipulación sindical conocida popularmente como «peleguismo» se caracterizaba por una dirigencia sindical que servía más a los intereses del gobierno que a los intereses de los obreros. Vargas organizó una estructura sindical subordinada al Ministerio del Trabajo, conocida como «cuadratura sindical», en la cual los sindicatos se organizaron en forma vertical por industrias y con impedimentos legales para establecer contactos horizontales. Además se creó un impuesto sindical que administraba el Ministerio del Trabajo y se formó en 1945 un Partido «Trabalhista», agrupando a los dirigentes sindicales para servir de apoyo al varguismo hasta su colapso en 1964. En la actualidad, el eventual triunfo de Lula presupone un corte profundo con el pasado manipulado por las élites y el surgimiento de un nuevo Brasil popular.

En otro orden de ideas, vale la pena destacar que el establecimiento y la pronta estabilización de un nuevo orden que garantice el progreso y el bienestar para el pueblo brasileño no puede ser un asunto ajeno para Venezuela, máxime cuando existe un hecho geográfico no modificable, que es la vecindad. En los últimos años las distantes pero cordiales relaciones con el Brasil han sido perturbadas por el acoso y los desmanes de los garimpeiros en las áreas fronterizas. Esta preocupante manifestación, en gran medida, se ha producido por la exportación del fracaso de un nefasto modelo de desarrollo impuesto por las élites en ese país. Actualmente, las relaciones entre los dos países pasan por «un momento de perplejidad», según expresa el internacionalista Julio Portillo. Pero las posibilidades objetivas de ampliar y viabilizar un mercado común sudamericano a las puertas del nuevo siglo, dan aliciente de futuro a los millones de proscritos e irredentos del injusto sistema económico vigente en este continente.